

Agatha Mistry

Primera edición: enero de 2015

Título original italiano: *Operazione giungla*

Idea original de Mario Pasqualotto.

Proyecto editorial de Atlantyca Dreamfarm, s.r.l., Italia,
en colaboración con Luca Blengino.

Cubierta original e ilustraciones: Stefano Turconi

Adaptación del diseño y maquetación: Emma Camacho

Edición: David Sánchez Vaqué

Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir

Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

Traducción: Elena Martínez Nuño

© 2014 Atlantyca Dreamfarm s.r.l., via Leopardi 8, 20123 Milán, Italia

Publicado por primera vez por Istituto Geografico De Agostini, S.p.A.,
Novara, Italia.

© 2015 La Galera, SAU Editorial, por la edición en lengua castellana

Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A, via Leopardi, 8 - 20123
Milán, Italia. foreignrights@atlantyc.it, www.atlantyc.com

Todos los nombres y personajes contenidos en este libro son licencia
exclusiva de Atlantyca S.p.A. en su versión original. Sus versiones
traducidas y/o adaptadas son propiedad de Atlantyca S.p.A. Todos los
derechos reservados.

La Galera, SAU Editorial

Josep Pla, 95

08019 Barcelona

www.lagaleraeditorial.com

lagalera@lagaleraeditorial.com

Impreso en Limpergraf. Mogoda, 29-31 Pol. Ind. Can Salvatella.

08210 Barberà del Vallès

Depósito legal: B-24.309-2014

Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-5354-5

No se permite almacenar, reproducir o transformar de ninguna manera, ya sea electrónica
o mecánica, incluyendo la fotocopia o el escaneo o cualquier otro sistema de almacenaje,
la totalidad o parte de este libro sin la autorización escrita del propietario del copyright.
Para más información, contactar con Atlantyca S.p.A.

Sir Steve Stevenson

OPERACIÓN AMAZONAS

Ilustraciones de
Stefano Turconi

Traducción de Elena Martínez



laGalera

DECIMOSÉPTIMA MISIÓN

PARTICIPANTES



Agatha

Doce años, aspirante a escritora de novela negra, tiene una memoria formidable.

Larry

Chapucero estudiante de la prestigiosa escuela para detectives Eye.



Mister Kent

Exboxeador y mayordomo con un impecable estilo británico.



Watson

Inquieto gato siberiano con el olfato de un perro conejero.



Tío Walter

Químico profesional de carácter un poco excéntrico. Más que un científico, parece un chamán.



DESTINO: BRASIL



OBJETIVO

Adentrarse en la selva amazónica tras la pista de un criminal que ha robado una valiosa muestra de hongos Comespuma de un laboratorio científico.



Faltaba poco para que acabara el mes de abril, pero en Londres la primavera llevaba un gran retraso. Aquella tarde, el cielo estaba oscuro como el asfalto y caían grandes gotas sobre la gris periferia.

Al sur del puente de Hammersmith, en un pequeño terreno de juego deteriorado, se estaba disputando un candente partido de fútbol. Veintidós chicos corrían por el césped despeluchado, evitando los charcos que se iban formando minuto a minuto.

Era una de las competiciones más importantes del Campeonato Juvenil de quinta categoría: los anfitriones, los Richmond Rovers, acogían a





los temibles Hackney Strikers, el equipo que encabezaba la clasificación. Faltaban solo dos jornadas para el final de la temporada: en caso de ganar, los Strikers se aseguraban levantar la copa. Sin embargo, para los Rovers, una derrota significaría el descenso a la categoría amateur. A cinco minutos del final, el resultado seguía clavado en cero a cero.

Frente al banquillo de los Rovers, cubierto por el techado de plástico, el huraño entrenador Oakley agitaba los brazos mientras lanzaba a voz en grito sus órdenes a los chicos en el campo.

Sentado a sus espaldas, estaba el único reserva que tenía a su disposición: un feo ataque de gripe, de hecho, había obligado nada menos que a cinco jugadores a guardar cama desde la víspera del partido. El chico del banquillo era pálido y muy delgado: la camiseta de rayas rojas y verdes de los Rovers le quedaba demasiado ancha y le daba un aspecto de espantapájaros.



Se trataba de Larry Mystery, de catorce años. Miraba fijamente el partido casi sin respirar. Si hubiera podido, habría saltado junto al entrenador y habría empezado a chillar aún más fuerte que él, para animar a sus compañeros.

Larry frecuentaba la Eye International, la célebre escuela de investigación que formaba a los mejores detectives del Reino Unido. Le interesaba mucho más la vida nocturna que el deporte.

Prefería los videojuegos y los ordenadores a las actividades al aire libre...

Todo esto, al menos, hasta cinco meses antes, cuando el joven descubrió su verdadera vocación: el fútbol.

— ¡Presiona en la zona de tres cuartos, Derrick! — aulló el entrenador Oakley.





Larry consultó inmediatamente el EyeNet, el artefacto multifunción con el que se dotaba a los jóvenes agentes. En la pantalla luminosa del aparato de alta tecnología, que estaba guardado en su mochila deportiva, un cronómetro marcaba el paso de los segundos.

Faltaban menos de tres minutos para que el árbitro pitara el final.

Lo que había provocado en Larry la fiebre del fútbol había sido justamente un videojuego: *Super Football Stars 11*, un juego de simulación en el que los jugadores tenían que gestionar un equipo de fútbol. El chico se había convertido en un gran experto en pocas semanas: aprendió nombres, formaciones, fechas y estadísticas. Las paredes de su caótico ático de Baker Palace se llenaron enseguida de pósters de los campeones del momento, y él se pasaba ahora todos los fines de semana encerrado en casa, siguiendo simultáneamente todos los partidos de los campeonatos europeos más importantes.





— ¡Penalti! — gritó Oakley.

Larry se puso de pie de un salto.

Pat Mulligan, el imponente portero de los Strikers, acababa de hacer una falta en el área a Bradley, el delantero de los Rovers. El árbitro se llevó el silbato a los labios y pitó. A dos minutos del final, los de casa habían conseguido un penalti a favor.

— Oh-oh — balbuceó Larry —. ¿Por qué Bradley no se levanta?

El entrenador le lanzó una mirada incendiaria.

— Tráeme hielo, rápido — dijo —. ¡Qué mala suerte! ¡El único lanzador decente de penaltis del equipo tirado en el campo! — añadió luego.

Larry corrió a los vestuarios y salió con una bolsa de hielo. Bradley seguía en el suelo. Tenía una mueca de dolor en la cara y se apretaba con las manos un tobillo.

Un par de compañeros le ayudaron a levantarse y le acompañaron al banquillo.



—Ay... ay —gemía el delantero rojiverde—. Me temo que no voy a poder terminar el partido...

—Entonces —observó Larry con un rayo de esperanza en los ojos—, ¿por fin puedo salir al campo? ¿Ha llegado mi oportunidad?

Su afición desmedida por el fútbol no se había quedado en la teoría. Había sido Agatha, su prodigiosa primita, la que le empujó a iniciar su carrera de futuro campeón. «Admito que no soy una verdadera experta —había comentado—. Pero, desde luego, si me gustara el fútbol, preferiría... jugar, más que pasarme la vida mirando a otros correr por el campo.»

Aquellas palabras fueron una especie de iluminación. Ni detective ni nada... ¡El futuro de Larry era el balón! ¡En menos de dos años se convertiría en un joven as, que los clubs ingleses más importantes se disputarían al ritmo de las libras esterlinas! Luego llegarían la fama, el éxito... ¡y las chicas! Al día siguiente, el detective en cier-



nes se compró un par de botas y se puso a buscar un club dispuesto a ficharle: el único equipo que aceptó contratar a un perfecto desconocido a mitad del campeonato fueron los Rovers.

Hasta ese momento, para Larry solo había habido jornadas agotadoras de entrenamiento y largas horas pasadas en el banquillo como reserva.

—Supongo —murmuró Oakley acariciándose el bigote— que podríamos acabar el partido con diez. Pero, de acuerdo, Mystery. Quiero darte una oportunidad. Muéstrame lo que sabes hacer...

Larry entró en el campo con una sonrisa extasiada. Imaginó por un instante que estaba en el mítico Stamford Bridge de Londres: en sus oídos estalló el clamor de cuarenta mil aficionados que aplaudían su entrada.

—El Santiago Bernabéu de Madrid —susurró—, el Camp Nou de Barcelona... Un día, los mejores estadios de Europa conocerán mis hazañas.

El área de los Strikers era una especie de pan-



tano. Los Rovers seguían discutiendo. Nadie se atrevía a tirar el penalti decisivo de la temporada, a un minuto del final y con el terreno de juego en esas condiciones.

— ¡Apartad! — dijo Larry—. ¡Ya me ocupo yo!

— ¡NI SE TE OCURRA! — chilló Oakley—. ¡Te he dicho que podías jugar un par de minutos, Mystery, no que ibas a tirar el penalti!

Pero el árbitro cogió el balón, se acercó a Larry y le marcó la posición.

— Por mí está bien — sentenció—. Pero démonos prisa: se está haciendo de noche y luego tengo una cita con el dentista.

Se hizo un silencio sepulcral en el estadio, roto solo por el ruido de la lluvia que caía a cántaros.

El corazón de Larry latía enloquecido. Vio la mirada aterrorizada de sus compañeros, la cara colorada del místico. Notó la mueca burlona de Mulligan, el gigantesco portero contrario, y el balón colocado en la marca.

Luego el árbitro se llevó el silbato a los labios. Larry echó hacia atrás su melena negra, tomó carrerilla y...

¡BIIIIIPP!

Un timbre sonó en el aire. Larry lo reconoció de inmediato. Venía del banquillo, para ser más exactos de su mochila. Había sido su EyeNet el que había pitado así. Y cuando ocurría una cosa de ese tipo, significaba que la Eye International le acababa de encomendar una nueva misión.

Por la sorpresa, Larry tropezó a dos metros del





balón. Con el pie equivocado dio una patada al esférico, que se fue hacia lo alto, bajo la lluvia...

Luego cayó justo en las manos del chico, que se había quedado inmóvil en el centro del área, con los ojos desorbitados. El árbitro volvió a pitar.

— ¡Mano! ¡Tarjeta roja! ¡Final del partido! — exclamó agitando los brazos.

Mientras volvía hacia el banquillo con la cabeza gacha, Larry se cruzó con la mirada en llamas del entrenador Oakley. Abrió su mochila, sacó el ingenio de titanio y leyó el mensaje recibido:

AGENTE LM14, NUEVA MISIÓN. DESTINO:
MANAOS, BRASIL. OBJETIVO: CAPTURAR
A UN PELIGROSO PIRÓMANO.

El chico suspiró. En ese momento podría enfrentarse encantado a los peores criminales del planeta con tal de ahorrarse el rapapolvo que le esperaba en el vestuario.